

**PUBLICACIONES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

Biblioteca de Estudios Madrileños
Publicados 35 volúmenes

Itinerarios de Madrid
Publicados 20 volúmenes

Colección Temas Madrileños
Publicados 21 volúmenes

Colección Puerta del Sol
Publicados 3 volúmenes

Clásicos Madrileños
Publicados 9 volúmenes

Colección Plaza de la Villa
Publicados 2 volúmenes

Colección Puerta de Alcalá
Publicados 3 volúmenes

Madrid en sus Diarios
Publicados 5 volúmenes

Conferencias Aula de Cultura
Publicadas más de 600 conferencias

*Anales del Instituto de Estudios
Madrileños*
Publicados 44 volúmenes

Madrid de los Austrias
Publicados 7 volúmenes

Guías Literarias
Publicados 3 volúmenes



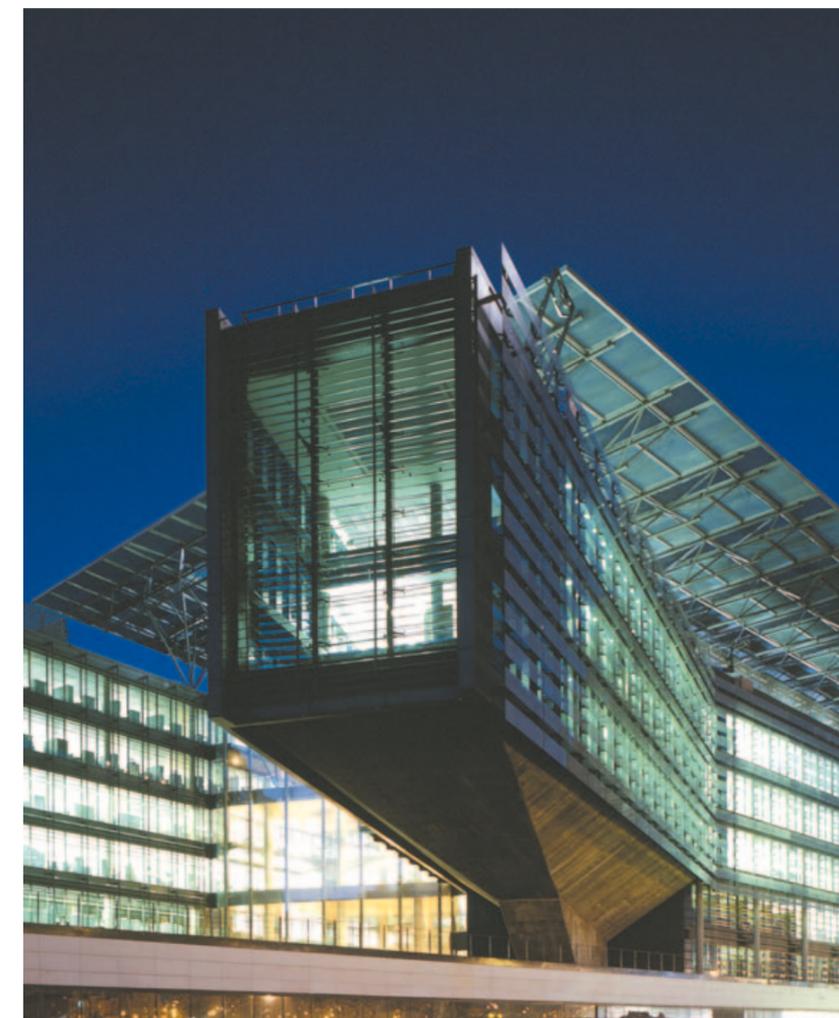
ANALES
DEL
INSTITUTO
DE
ESTUDIOS
MADRILEÑOS

**TOMO
XLIV**

C. S. I. C.
2004
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XLIV



C. S. I. C.
2004
MADRID

El tomo XLIV de los

**ANALES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

comprende estudios —referidos a Madrid— en los que alternan temas de Historia, Arte, Literatura, Geografía, etc., notas biográficas sobre madrileños ilustres y acontecimientos varios de la vida madrileña.

Portada:

Madrid, asumiendo su condición de gran ciudad, va diseñando de forma acelerada su futuro. Al igual de otras poblaciones como Berlín, Madrid se ha convertido en uno de los referentes a nivel mundial de la moderna arquitectura. Uno de los edificios emblemáticos de las nuevas formas arquitectónicas es la sede madrileña de Endesa, que por cortesía de dicha empresa reproducimos en nuestra portada.

Anales del Instituto de Estudios Madrileños publica anualmente un volumen de más de quinientas páginas dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Arquitectura, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Sociedad, Economía y Biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus temas preferentes. *Anales* se publica ininterrumpidamente desde 1966.

Los autores o editores de trabajos o libros relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la secretaría del Instituto, calle Duque de Medinaceli, 6, 28014 Madrid; reservándose la dirección de *Anales* la admisión de los mismos. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, requiriéndose, en caso necesario, el concurso de especialistas externos.

DIRECCIÓN DE ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS:

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: José Portela Sandoval (UCM).
PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Alberto Sánchez Álvarez-Insúa (Instituto de Filosofía, CSIC).
SECRETARIO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Rufo Gamazo Rico (Cronista de Madrid).

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Alfredo Alvar Ezquerro (CSIC), Luis Miguel Aparisi Laporta (Instituto de Estudios Madrileños), Eloy Benito Ruano (Real Academia de la Historia), José del Corral Raya (Cronista de Madrid), Ricardo Donoso Cortés y Mesonero Romanos (UPM), María Teresa Fernández Talaya (Fundación Madrid Nuevo Siglo), José Fradejas Lebrero (UNED), José Montero Padilla (UCM), Manuel Montero Vallejo (Catedrático de Enseñanza Media, Madrid), Alfonso Mora Palazón (Ayuntamiento de Madrid), M.^a del Carmen Simón Palmer (CSIC).

CONSEJO ASESOR:

Enrique de Aguinaga (UCM; Cronista de Madrid), Carmen Añón Feliú (UPM), Rosa Basante Pol (UCM), Francisco de Diego Calonge (CSIC), Manuel Espadas Burgos (CSIC), María Pilar González Yanci (UNED), Miguel Ángel Ladero Quesada (UCM), Jesús Antonio Martínez Martín (UCM), Áurea Moreno Bartolomé (UCM), Leonardo Romero Tovar (Universidad de Zaragoza), José Simón Díaz (UCM), Virginia Tovar Martín (UCM), Fernando Terán Troyano (UPM), Manuel Valenzuela Rubio (UAM).

I.S.S.N.: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Memoria	
<i>Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños</i>	13
Artículos	
<i>Establecimiento del gobierno político, económico y militar de Madrid (1746-1747): procedimiento y documentación</i> , por MANUEL SALAMANCA LÓPEZ	23
<i>Diego Ignacio de Córdoba y el papel de Madrid en el mercado crediticio en la Castilla del siglo XVII</i> , por MÁXIMO DIAGO HERNANDO	59
<i>La necesaria Ley de Capitalidad de Madrid al borde de lo imposible</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA	97
<i>Una notable iniciativa del municipio madrileño: Creación de la Inspección Escolar Femenina en el siglo XIX</i> , por M. ^a TERESA LÓPEZ DEL CASTILLO	143
<i>Liberalismo y enseñanza agrícola. La Sociedad Económica Matritense y la red nacional de cátedras de agricultura</i> , por J. LUIS MALDONADO POLO	181
<i>Antecedentes dibujados del Viaducto de Barrón</i> , por ÁNGEL MARTÍNEZ DÍAZ	203
<i>Dibujos para el puente de Segovia de los siglos XVII y XVIII</i> , por PILAR CORELLA SUÁREZ	237
<i>Transformaciones de la plazuela e iglesia de San Ildefonso</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA	249
<i>El madrileño palacio del conde de Oñate según un inventario de 1709</i> , por JOSÉ LUIS BARRIO MOYA	271

	Págs.
<i>La Hermandad y Hospital de San Antonio de los Portugueses de Madrid</i> , por JUAN IGNACIO PULIDO SERRANO	299
<i>Los Morenos, una familia de plateros madrileños en el Antiguo Régimen</i> , por JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS y PILAR NIEVA SOTO	331
<i>Carlos III y los tapices para el Palacio Real de Madrid: La serie del «Real Dormitorio»</i> , por JOSÉ LUIS SANCHO GASPAR	359
<i>Algo más sobre Francisco e Isidoro de Burgos Mantilla</i> , por MERCEDES AGULLÓ Y COBO	391
<i>Madrid y Guadalupe (siglos xv-xix)</i> , por ARTURO ÁLVAREZ ÁLVAREZ	425
<i>El Cristo del Desamparo y Fray Lorenzo de San Nicolás. Encuentros y avatares de una devoción</i> , por FÉLIX DÍAZ MORENO	445
<i>El Madrid immaculista</i> , por M. ^a ISABEL BARBEITO CARNEIRO	471
<i>Memoria ornamental itinerante en Madrid</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA	497
<i>Olvidado Kilómetro Cero</i> , por M. ^a CRISTINA ANTÓN BARRERO	545
<i>El Veloz Club</i> , por JUAN JIMÉNEZ MANCHA	555
<i>La Casa de Campo: Algunas breves anotaciones sobre su patrimonio arqueológico y arquitectónico</i> , por PILAR MENA MUÑOZ	569
<i>Segregación del espacio público: Territorio público versus intereses privados. Un análisis de usos en la Casa de Campo de Madrid</i> , por TRAUDE MÜLLAUER-SEICHTER	585
<i>El madrileño barrio de El Rastro en los comienzos del siglo xvii</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA	613
<i>El Barrio de los Escritores: La calle del León</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	625
<i>El «Avellaneda», eslabón entre dos Quijotes cervantinos</i> , por JOSÉ BARRROS CAMPOS	639
<i>Una novela rosa madrileña del siglo xviii</i> , por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO	665
<i>Un Madrid brillante y también ocultista en «Luces de bohemia», de Valle-Inclán: los teósofos</i> , por PEDRO CARRERO ERAS	679
<i>El escritor madrileño Ángel R[odríguez] Chaves en la revista «La Gran Vía»</i> , por JULIA MARÍA LABRADOR BEN	699
<i>Madrid en la obra literaria de la escritora Ángeles Villarta</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	729

	<u>Págs.</u>
<i>La conquista de Madrid por Leocadio Mejías</i> , por CARMEN MEJÍAS BONILLA	751
<i>Invernaderos de los jardines de la Comunidad de Madrid</i> , por CARMEN ARIZA MUÑOZ	769
<i>Materiales para una toponimia de la provincia de Madrid (IV)</i> , por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO	799
<i>Algunos topónimos madrileños de origen celta: «Aravaca, Alcobendas, Carabanchel, Carabaña, Chamberí, Las Vistillas, Vallecas»</i> , por JOAQUÍN CARIDAD ARIAS	821
<i>El arroyo de Butarque: historia de una desaparición</i> , por JUAN AZCÁRATE LUXÁN y PALOMA ARROYO WALDHAUS	831
<i>Los despoblados medievales en el Común de Villa y Tierra de Alcalá</i> , por JOSÉ ANTONIO RANZ YUBERO, JOSÉ RAMÓN LÓPEZ DE LOS MOZOS y MARÍA JESÚS REMARTÍNEZ MAESTRO.....	849
<i>Robos sacrílegos en la provincia de Madrid</i> , por JAIME CASTILLO GONZÁLEZ	879

Notas

<i>Fisonomía del Madrid medieval</i> , por LUIS RAMÓN-LACA MENÉNDEZ DE LUARCA	921
<i>Nuevas pruebas documentales acerca de la autoría de «La torre de los siete jorobados» de Emilio Carrère</i> , por JULIA MARÍA LABRADOR BEN y ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	929

Centenarios

<i>Centenario del profesor Joaquín de Entrambasaguas (1904-2004)</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	937
<i>Evocación de José Montero Alonso en su centenario</i> , por JOSÉ MONTERO REGUERA	943

Necrológicas

<i>Antonio Quilis (1930-2003)</i> , por MARÍA JOSÉ ALBALÁ	949
<i>Adiós a Fernando Chueca Goitia</i> , por PEDRO NAVASCUÉS	959

Reseñas de libros

PRIETO BERNABÉ, JOSÉ MANUEL, <i>Lectura y lectores. La cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1650)</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	965
VELASCO BAYÓN, BALBINO, O. Carm., <i>Acercamiento a una institución madrileña. El Monasterio de monjas carmelitas de Ntra. Sra. de las Maravillas</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	966

MADRID Y GUADALUPE (SIGLOS XV-XIX)

POR ARTURO ÁLVAREZ ÁLVAREZ

Ex-Archivero de Guadalupe

Guadalupe —el extremeño y original, del que tomaría nombre toda una constelación de homónimos suyos tanto en la península Ibérica como, y sobre todo, a lo largo y ancho del mundo hispanohablante— nació a la historia bajo el cetro del Rey *Sabio*, como refiere la más antigua relación llegada hasta nosotros: «*en el tiempo que aqueste rrey don alfonso rreynaua en espanna (1252-1284) aparezçio nuestra sennora la virgen santa maria a un pastor en las montañas de guadalupe*»¹. Llegada a sus oídos la fama de tan prodigiosa imagen, el año 1329 mandó el rey Alfonso XI sustituir la pequeña y ruinoso iglesia de la Virgen por el sólido y amplio templo que ha llegado hasta nosotros, aunque modificado por los monjes jerónimos en los años 1389-1412 y reformado en el siglo XVIII, con muy poco acierto, por el arquitecto Larra Churriguera. Agradecido a la Virgen extremeña por la decisiva victoria del Salado (1340), el Rey *Justiciero* convirtió Guadalupe en el santuario nacional de Castilla, creó un priorato para fomentar el culto a la sagrada imagen, concedió al santuario privilegios tan notables como poder demandar limosnas para todo su reino; y, visitando él mismo este templo, abrió un camino romero que seguirían hasta nuestros días todos sus sucesores, si exceptuamos los Borbones de los siglos XVIII y XIX². Y aunque Madrid no estaba al paso en ninguno de los caminos romeros que llevaban hasta Guadalupe desde el norte de España, Sevilla, Valencia y Portugal, el tan infortunado cuanto piadoso rey Enrique IV enlazó estos dos lugares al fundar en la futura capital de España, el año 1464, el monasterio de Nuestra Señora de El Paso, en las riberas del Manzanares, camino de El Pardo, disponiendo que su primera comunidad la formaran un prior y varios monjes llevados del convento guadalupense al que él tanto quiso y en cuyo tem-

¹ Archivo Histórico Nacional. Clero, códice 555, fº 6.

² ARTURO ÁLVAREZ, *La Virgen de Guadalupe en el mundo. Culto e imágenes antiguas* (Madrid, 2000), pp. 197-201.

plo pidió que descansaran sus restos, al lado de su madre María de Aragón; una fundación que, por su insalubridad, sería trasladada por los Reyes Católicos a terrenos de El Prado.

VARIOS PRIORES Y MONJES

El primer madrileño ilustre que encontramos en los anales del monasterio cacereño fue el padre Gonzalo de Madrid, noveno en el catálogo de los 138 priores que rigieron los destinos de este santuario, desde el año 1389 — en que Guadalupe fue entregado por el rey Juan I de Castilla a la orden de San Jerónimo—, hasta su exclaustración y cierre, en 1835. En 1447 fue elegido para regir uno de los centros monásticos más importantes de España, muy querido y al menos en tres ocasiones visitado por Juan II de Castilla y su primera esposa María de Aragón, que eligió para dirigir su espíritu al santo monje fray Pedro de las Cabañuelas cuyos restos pidió que fueran puestos con ella en su mausoleo³. Durante su primer mandato, el año 1449 gastó la suma de 80.000 maravedises en renovar la obra colosal llevada a cabo, un siglo antes, por el prior secular Toribio F. de Mena, para buscar en las entrañas de la sierra de las Villuercas y conducirla en recios atanores hasta el santuario y la puebla, el agua necesaria. También en el primer trienio de su priorato supo este caritativo monje que los moros habían entrado en la villa murciana de Cieza, llevando cautivos a todos sus moradores; y como ni el rey ni su valido Álvaro de Luna, a los que acudió, pusieran remedio, obtuvo fray Gonzalo permiso de su comunidad para deshacer «todas las lámparas de plata que estaban delante del altar mayor de Nuestra Señora, salvo la grande de los pastores de la Mesta, que entre todas valían cien marcos de plata»; y con ese dinero y algunas ayudas ofrecidas por varios señores de Castilla envió al reino nazarí de Granada a su hermano de hábito fray Luis Hurtado y a fray Gonzalo de Laredo para rescatar a 50 cristianos, que fueron después a dar gracias a la Virgen de Guadalupe⁴. Reelegido en 1456, fue prior otros seis años en los que ordenó que ningún pobre marchara de la portería del convento sin ser socorrido con abundancia, diciendo que «los bienes de Nuestra Señora son de los pobres, y, repartidos, aumentan; retenidos por la codicia piérdese y dañan». Y advirtiendo la frecuente escasez de trigo en la poco cerealista puebla de Guadalupe —de la cual el prior tenía el señorío espiritual y temporal—, y que tenían que comprarlo a precios abusivos en las ciudades de Trujillo y Talavera resolvió el problema —gracias a un generoso donativo del caballero toledano Fernando de la Cámara—, creando una cilla

³ A.H.N. código 111-B, f° 480-481.

⁴ DIEGO DE ÉCLIA, *Libro de la Invención de esta Santa Imagen de Guadalupe*. Escrito c. 1514, fue publicado por fray Arcángel Barrado (Cáceres, 1953), pp. 271-272.

o silo en el edificio aún hoy conocido como el almijar; lo que permitió, en años de sequía, mantener al pueblo, dar pan a los numerosos peregrinos e incluso prestar dos mil fanegas de trigo que el maestro de Alcántara Juan Pacheco le donó en su priorato de León⁵. A mitad del segundo mandato, el año 1458 fue a Guadalupe, en devota romería, el rey de Portugal Alfonso V, para cumplir el voto que hiciera a la Virgen cuando unas fiebres malignas le pusieron al borde de la muerte; milagro que sería recogido en las antiguas tablas de bienhechores y en 1626 plasmaría en un gran lienzo del claustro mudéjar el pintor madrileño fray Juan de Santa María. Llevado por Enrique IV, como primer prior del recién fundado monasterio de El Paso, allí moró varios años, hasta que una dolorosa enfermedad obligó a devolverlo, en andas, a su querido Guadalupe, donde fallecería y fue sepultado el año 1470, cuatro años antes de que acabara sus días Enrique IV, cuyos restos, tras un primer enterramiento en el templo que él fundara en el camino al Pardo, fueron llevados al suntuoso mausoleo que encargó y costeó su fiel amigo el cardenal Mendoza, terminado c. 1479, probablemente por el afamado escultor Egas Cueman.

Años más tarde encontramos en los claustros de Guadalupe a fray Luis de Madrid, que siendo monje lego de corona destacó como médico cirujano eminente cuando los varios hospitales mantenidos por la comunidad jerónima se hallaban en la cima de su fama y llegaron a ser rica cantera de galenos llamados por los Reyes Católicos para su Real Protomedicato. El prestigio de este físico traspasó los límites de Guadalupe y llegó a ser tal la demanda de sus servicios que el año 1494 le fue prohibido por el general de su Orden curar fuera de la puebla, aunque este veto le sería revocado seis años más tarde ante las petición de los propios reyes de España y Portugal, así como de muchos nobles, lo que explica que en 1503 la reina Isabel enviara al prior de Guadalupe esta elocuente carta: *«Deuoto Padre: Por lo que el doctor Soto, mi físico, os escriue vereis como la Serenissima Reyna de Portugal, mi hija, esta mal dispuesta de mal de la testa; si porque tengo confianza de vos, que la curareis mejor que otro y trabajareis en ello como es razon, acorde que vayais allá; e escribo al General de vuestra Orden para que os dé licencia para ello y creo que os la otorgara sin dilación. Por ende, yo vos ruego que, en recibiendo esta os dispongais en ir allá; e vays lo mas presto que podais, porque yo espero que Nuestro Señor que con su ayuda vuestra presencia aprouechara mucho para la salud de la dicha Reyna, mi hija.—De Medina, a xx de diciembre de diiii.—Yo la Reyna. Por mandado de la Reyna. Conchillos»*⁶. Monje que tomó parte activa en el motín provocado por algu-

⁵ ECIJA, *o.c.*, p. 270.

⁶ ARTURO ÁLVAREZ, «Guadalupe devoción predilecta de la Reina Católica», en *Rev. Historia* 16 (Madrid, 2004), n.º 335, pp. 35-66.

nos legos cuando, en 1510, se dispuso que en adelante éstos no tengan derecho a «la corona» —que hasta entonces los equiparaba con los sacerdotes en todo menos en lo que era propio del orden sagrado—, convirtiendo a los hermanos legos en simples servidores de los monasterios. Acaudillados por el boticario fray Eugenio, se unieron a la protesta el enfermero, el cocinero y nuestro cirujano, llegando a quemar en el hornillo de la botica la carta en que el padre general de la Orden daba instrucciones sobre este acuerdo. Parece que fray Luis se libró del duro castigo de cárcel o destierro contra los culpables, aunque sí se vería afectado por la prohibición de que, a partir de entonces, en los hospitales de Guadalupe no ejercieran más la medicina y cirugía los monjes sino físicos seculares contratados por la comunidad. Sabemos que en 1515 dio el monasterio cinco mil maravedises de limosna a un hermano suyo, también cirujano, y que fray Luis falleció en Guadalupe el año 1525⁷.

En 1476 acabó sus días en Guadalupe el también madrileño fray Luis de Madrid, sacerdote muy versado en las sagradas Escrituras y del que su biógrafo padre Écija dice que era muy medido en sus palabras, que jamás murmuró de otras personas, que muchos letrados que llegaban al monasterio gustaban de conversar con él y que, en su amor a los pobres, ocasión hubo en que se despojó de su ropa para dársela. Gran orador, asegura el citado cronista que en cuarenta años que predicó nunca repitió sermón alguno que otros antes hubieran pronunciado⁸.

Pese a no ser madrileño, sino gallego, hemos de añadir a fray Antonio de Melgar, que a los cuatro años de profesar en el monasterio zamorano de Montamarta se trasladó a Guadalupe como organista mayor y de aquí lo llevó el rey Carlos II a El Escorial para hacerse cargo de su capilla musical, falleciendo en San Lorenzo el año 1722. Y, ya en nuestro tiempo, Víctor G. Llovera, nacido en la capital de España el año 1923, que en Guadalupe hizo sus estudios sacerdotales y fue organista cinco años, pasando más tarde a serlo en el Pilar de Zaragoza y en Alemania, donde publicó *Itinerarium Organicum* (1963) y *De organo vetere hispánico* (1989).

A la lista de monjes madrileños relacionados con Guadalupe hay que sumar al franciscano Francisco Jiménez de Cisneros, nacido en Torrelaguna, de humilde cuna, pero cuyo valía y virtud le merecieron ser encumbrado desde confesor de Isabel la Católica hasta la mitra de Toledo, al cardenalato y la regencia de España tras la muerte de Felipe *el Hermoso* y minoría del futuro Carlos I. No es cosa de ofrecer aquí su densa biografía, pero sí

⁷ GERMÁN RUBIO, *Historia de Ntra. Sra. de Guadalupe* (Barcelona, 1926), pp. 322-324, y JOSÉ IGNACIO ARANA AMURRIO, *La medicina en el monasterio de Guadalupe durante la Baja Edad Media* (Madrid, 1984), cap. III, p. 154.

⁸ ÉCIJA, *o.c.*, pp. 273-274.

resaltar su afecto al monasterio guadalupense —al que protegió en dos muy difíciles pleitos contra la poderosa ciudad de Talavera, uno en 1509 y otro en 1515— y, sobre todo, la devoción a la Virgen, que dejó bien patente en al menos tres visitas a su santuario: en 1509, para encomendarle el éxito de la expedición a Orán y Bugía —donde él mismo liberó en la alcazaba de Orán a 300 cautivos, que peregrinaron al santuario extremeño para ofrecer a la sagrada imagen sus cadenas—, otra en 1510, para darle gracias por tan sonada victoria y la tercera en enero de 1516 —con el preceptor del príncipe Carlos y futuro papa Adriano VI, el infante don Fernando y otros personajes— con ocasión de la muerte del Rey Católico, acaecida en el cercano pueblo de Madrigalejo cuando éste se encaminaba al monasterio extremeño para presidir el capítulo de la orden militar de Calatrava⁹.

También es digno de nuestro recuerdo el santo y misterioso ermitaño madrileño Gregorio López, en cuya biografía, escrita por su compañero Francisco Lossa —calificada por Nicolás Antonio como *aureum vere libellum*— se dice que nació en Madrid el año 1542, fue paje del rey Felipe II, vivió como eremita en Navarra y, estando de romería en Guadalupe, le fue inspirado por la Virgen que fuera a la Nueva España, donde, al desembarcar, repartió todas sus pertenencias a los mendigos e hizo a pie el largo camino desde Veracruz a la capital mexicana, donde ganó el pan como escribano. Vestido de burdo sayal y descalzo se marchó a vivir entre los fieros chichimecas, recorriendo después la Huasteca y otros lugares hasta que enfermó de muerte en Huastepéc. Restablecido, moró junto al santuario de los Remedios, en las afueras de la capital azteca, estableciéndose definitivamente en el poblado de Santa Fe —que fundara poco antes el obispo Quiroga—, y allí vivió el resto de sus días, en una cueva, junto al manantial que surtía de agua a la capital. En el silencio de aquel paraje escribió varios libros de ascética y mística, de historia y de cronología que le merecieron un lugar en la prestigiosa *Bibliotheca Hispana*, de Nicolás Antonio, y figurar en el *Catálogo de Autoridades de la Lengua*. Llegando allí el padre Lossa a buscarle —enviado como inquisidor por el arzobispo de México, Moya Contreras—, tanto le atrajo su vida y tan admirado quedó de su virtud que vivió con él hasta su fallecimiento, en 1596, pidiendo el año 1624 que le enterraran junto a los restos de este eremita, que para esa fecha ya los había trasladado el arzobispo Juan de la Serna al convento carmelitano de San José, con motivo de que Felipe III pidiera al Vaticano su beatificación¹⁰, aunque en el siglo XVIII los ponía el capuchino padre Ajofrín en la catedral metropolitana. Frente a estos datos

⁹ CARLOS G. VILLACAMPA, *Grandezas de Guadalupe* (Madrid, 1924), pp. 147-152.

¹⁰ FRANCISCO LOSSA, *Vida que el siervo de Dios Gregorio López hizo en algunos lugares de la Nueva España* (México, 1613).

rigurosamente históricos corrió la macabra leyenda de que este ilustre madrileño era hijo de Felipe II y, condenado a muerte por su padre, fue liberado por su ejecutor a condición de que huyera a Indias con nombre supuesto y bajo juramento de jamás revelar su verdadera identidad. Sí es cierto que nuestro Gregorio López nunca dijo el nombre de sus padres, tuvo como lema «mi secreto para mí» y el grabado suyo que ilustra el libro del padre Lossa recuerda bastante algún retrato del Rey Prudente.

Entre las relaciones Guadalupe/Madrid habidas en el siglo xvi es obligado recordar que cuando Felipe II decidió establecer en el grandioso edificio de El Escorial un monasterio de la orden de San Jerónimo no dudó en pensar en fray Hernando de Ciudad Real —que el Monarca había tratado en 1570, durante su estancia de casi un mes en el convento extremeño; en esta ocasión acompañado por su hermana la emperatriz María y varios sobrinos— como su primer prior y que la comunidad fundante del nuevo monasterio la llevara de Guadalupe. Y como aquel mismo año hiciese saber su deseo al devoto prior y éste rehusara humildemente tan honroso cargo, a petición del monarca obligó el general de la Orden al padre Ciudad Real a que lo aceptara, y el 30 de julio del siguiente año escribió el Rey Prudente al prior y comunidad una elogiosa carta con palabras como éstas: «... lo mandé y ordené así por la devoción que tenemos a esa Santa Casa y la mucha estimación y crédito que los religiosos que en ella se han creado e instituido». Y en cumplimiento del real deseo, el padre Ciudad Real y otros veinte religiosos de su monasterio fueron a establecer la primera comunidad jerónima en San Lorenzo de El Escorial, pidiendo algunos regresar a Guadalupe, entre ellos el prior, cuatro años más tarde¹¹.

Si en los siglos xv y xvi fueron muchas e importantes las relaciones entre Guadalupe y Madrid, lo serían aún más en las tres siguientes centurias; y, esporádicamente, también después de la exclaustación de 1835. Así, por el necrologio del monasterio sabemos que en el siglo xvii moraron en el monasterio de las Villuercas fray Jerónimo de Madrid, que tomó el hábito, como hermano lego, en 1641 y, ordenado sacerdote después, trabajó en el oficio de la platería, acabando sus días el año 1696. El también hermano lego fray Alonso de Madrid, quien siendo platero de la corte vistió el sayal de San Jerónimo en 1650 y «en su oficio era muy primoroso y de oro», labró cálices para la sacristía, copas para las abluciones de Jueves Santo, un valioso cetro para la imagen de la Virgen y, a dúo con su paisano fray Jerónimo, las andas para sacar la santa imagen en procesión en su fiesta anual del 8 de septiembre, amén de llevar hasta su fallecimiento, en 1701, la dirección

¹¹ RUBIO, *o.c.*, pp. 141-144.

de la vidriería artística del monasterio¹². Y, en lugar muy destacado, el sacerdote fray Juan de Santa María, que nació el año 1583 en el pueblo madrileño de Valdaraceite y a los treinta y dos años vistió el hábito jerónimo en Guadalupe, donde trabajaría más de medio siglo como bueno y muy prolífico pintor, sobre todo de temas histórico/devocionales para decorar la sala del capítulo y las diferentes oficinas del convento, amén de una gran colección de «treinta y dos quadros para adorno del claustro, que de hechura y dorado y pintura se an tasado en ochoçientos Reales» que pintó en los años 1621-1623¹³; lienzos éstos de gran tamaño y en los cuales recogió este monje otros tantos milagros de la Virgen, sin duda sacados de la *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe* que el año 1598 había publicado el prior fray Gabriel de Talavera y de los cuales, por fortuna, se conservan en Guadalupe una treintena.

En 1682 fue electo 83º prior del monasterio extremeño el padre Agustín de Madrid, que había sido predicador de cámara del rey Carlos II, examinador sinodal de Salamanca, de Toledo, de la Nunciatura de España y a la sazón era maestro jubilado. Durante su mandato fue a visitar Guadalupe el nuncio papal don Favo Milini, singular devoto de la Virgen y que dijo del prior que *era la prima testa de la Spagna*, y a su regreso a Madrid envió al monasterio un magnífico retrato suyo pintado por Carreño el cual, con otros de este artista, adorna la antesacristía.

ÁLVAREZ GATO Y OTROS LITERATOS

Tras revisar cuidadosamente la monumental *Biblioteca de Autores Españoles* (edic. de Rivadeneyra, Madrid, 1862-1886) podemos afirmar que la Virgen extremeña de Guadalupe fue la advocación mariana que tuvo una mayor presencia en los clásicos españoles desde finales del siglo XIV —en que el canciller Pero Lope de Ayala ya le dedicó una sentida plegaria en *El Rimado del Palacio*, estando prisionero en Inglaterra— hasta el eclipse del santuario cacereño en el siglo XIX. En ellos que hemos podido espigar unos 42 escritores que, con más o menos extensión, hablan de Guadalupe, entre ellos los autores de cuatro comedias dedicadas a celebrar los milagros de la sagrada imagen y cantar las grandezas de su santa casa: Cervantes, fray Ocaña, Godínez y Bances Candamo. Pero aquí sólo nos ocuparemos de los clásicos que, nacidos en la Villa del Oso y el Madroño o en su comunidad autonómica, llevaron a Guadalupe hasta las más altas cimas del Parnaso; con más atención a los que consta que estuvieron en Guadalupe y una lige-

¹² RUBIO, *o.c.*, p. 438.

¹³ ARTURO ÁLVAREZ, *La Virgen de Guadalupe en el mundo...*, cit., pp. 29-30.

ra referencia a quienes en su obra literaria citan de pasada a su Virgen o monasterio¹⁴.

Sea el primero Álvarez Gato, sobre el que una apostilla escrita al final de uno de sus poemas leemos: «Juan Álvarez Gato fue noble y gran caballero natural de la villa de Madrid. Sus pasados, que son antiguísimos en ella, tienen sus entierros en la parroquia de San Salvador y sus casas cerca de la misma parroquia. De este caballero y de sus escritos hace mención, en la Historia de Madrid, el Maestro y Cronista Gil González de Avila. Este caballero tenía en su sepultura los versos siguientes: Procuremos buenos fines, / por los cabos son juçgados». Nacido c. 1430 y armado caballero por el rey Juan II, cuando contaba veinte años, Álvarez Gato formó parte de un clan de judío/conversos y casó con Catalina Álvarez, hermana del influyente Fernán Álvarez de Toledo, que fue regidor de esta ciudad con Enrique IV y secretario de la Reina Católica en los años 1475-1497. Amigo de su correigionario el galeno guadalupense La Parra, en sus años borrascosos también lo fue de fray Hernando de Talavera y de los Mendoza de Guadalajara, sufriendo en el ocaso de su vida una profunda transformación espiritual que le hizo cambiar la poesía erótica de su juventud por otra de fondo religioso, sin duda bajo la influencia del monje jerónimo fray Juan de la Puebla —hijo de los duques de Béjar— al que seguramente conoció en su monasterio de Guadalupe y para él era una carta escrita «a un su amigo que se metió fraile». Entre sus poemas de fondo religioso destaca la oración que dirigió a «nuestra Señora en el tiempo del rey don Enrique, que estaban estos reinos llenos d'escandallos» y cuya última décima finaliza con esta devota plegaria:

*Y Virgen de Guadalupe,
ruega, señora, por mí,
por mí, cativo, que supe
en los pecados que cupe
antes que los cometí;
y cuanto mi no temer
me hizo más pecador,
tanto más he menester
tu defensa, tu poder,
tu socorro y tu favor.*

«Príncipe de los Ingenios», «Manco de Lepanto» y autor de la más universal de las novelas, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, el alcaíno Miguel de Cervantes (1547-1616) fue, también, el literato más devo-

¹⁴ Los datos contenidos en este capítulo pueden consultarse, más por extenso, en nuestra obra *Guadalupe en los clásicos y en viajeros antiguos* (Madrid, 2002).

to de Guadalupe, a juzgar por la presencia que la prodigiosa Virgen y el monasterio tuvieron en su obra. En un siglo de oro en que el santuario extremeño había alcanzado el cenit de su esplendor y se había convertido en Meca obligada de peregrinación es presumible que Cervantes lo visitara más de una vez, como lo sugieren sus alusiones en la comedia *La ilustrada fregona*, considerada por el gran cervantista Balbuena Prat como «una de las más bellas, interesantes y mejor escritas por este autor». Y aunque sólo de pasada cita al prior de Guadalupe al final de su *Viaje al Parnaso*, en cambio le dedica todo el capítulo 5.º y parte del 6.º del tercer libro de su novela póstuma *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, que escribió «puesto ya el pie en el estribo». La novela que más cuidó y en la que narra la peregrinación que, desde Lisboa, hicieron a Roma los protagonistas Periandro y Auristela; camino que Cervantes desvió ex profeso por Guadalupe sin duda para contarnos, bajo el anonimato, su propia llegada al santuario extremeño «por una de las dos entradas que guían al valle y forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe», donde veneraron «a la santísima imagen que es libertadora de los cautivos, lima de sus hierros, alivio de sus pasiones, salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias»; para agradecerle él mismo la liberación de las mazmorras de Argel y dejar sus grilletes en el templo, donde a los peregrinos «les parecía ver venir por el aire volando los cautivos envueltos en sus cadenas a colgarlas de las santas murallas, y a los enfermos arrastrar las muletas, y a los muertos mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el santo templo no cabían». Después de ofrecernos el devoto poeta las doce espléndidas octavas reales cantadas por Feliciano a la Virgen Morena concluye su narración con estas palabras: «Cuatro días estuvieron los peregrinos en Guadalupe, en los cuales comenzaron a ver las grandezas de aquel santo monasterio; digo comenzaron porque acabarlas de ver es imposible». Que tan honda devoción a la imagen extremeña expresada por Cervantes en su postrera obra venía de antes lo demuestra bien la *Comedia de la Soberana Virgen de Guadalupe y sus milagros y grandezas de España*; obra anónima pero admitida como suya por ilustres cervantistas y —pese a imprimirse por primera vez en Sevilla, el año 1615— parece la escribió, como otras varias comedias suyas no firmadas, durante los cinco años de cautiverio para ser representada, por moros y cristianos, en los baños de Argel.

Madrialeño como Cervantes y coetáneo suyo, creador del teatro nacional, defensor de las islas Azores contra el prior de Crato, pretendiente al trono portugués, y enrolado en la Armada Invencible —que no derrotaron los ingleses sino las tempestades del mar—, Lope de Vega sería elogiado por aquél como «monstruo de la naturaleza» y llamado por sus contemporáneos «Fénix de los Ingenios». Como lo hicieron los tres anteriores,

esta figura señera de nuestras letras mienta a la Virgen y santuario extremeños en sus comedias *Los novios de Hornachuelos*, *San Diego de Alcalá* y *El Cardenal de Belén*. Pero la descripción, tan bella cuanto vívida que en *El peregrino en su patria* hace del paisaje que rodea al monasterio de Guadalupe nos ofrece la mejor prueba de la presencia de Lope de Vega en el santuario extremeño: «Por término de la Morena sierra están dos montes, hacia la vanda del Andalucía, que, como dos muros fortísimos, ciñen la Villa y Monasterio de Guadalupe, fundados en la profundidad de un valle con tanta amenidad de fuentes que por las peñas se descuelgan a su centro flores, árboles y caza, que parece que la naturaleza, sabidora del futuro suceso, desde el principio del mundo edificaba aquel palacio a la Princesa del cielo, hija de Joaquín y esposa de Joseph». Y, como antes lo hiciera Cervantes, también Lope lleva a su protagonista, Pánfilo, a cumplir su voto a la Virgen, a la que el poeta piropea inspirándose en distintos personajes bíblicos.

Cuatro clásicos madrileños a los que es obligado sumar a su paisano y prestigioso cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo. Aunque su padre era oriundo de Asturias —estando en la corte de Enrique IV se alineó a favor de los derechos a la corona de Castilla de su discutida hija Juana—, Gonzalo nació en Madrid el año 1478. Educado en la corte de los Reyes Católicos, fue compañero del hijo de Colón, Diego, conoció al Almirante en Barcelona, fue secretario de Gonzalo F. de Córdoba, el «Gran Capitán» y en 1513 pasó al Nuevo Mundo con Pedrarias Dávila, ocupando allí varios cargos que le obligaron a realizar cinco veces la singladura de Indias a España, la última en 1557. De pluma fecunda y bien cortada, escribió sobre temas tan diversos como genealogía, moral y política, aunque las obras que le han dado más fama fueron *Sumario de la Natural Historia de las Indias* (1525) e *Historia General y Natural de las Indias y Tierra Firme del Mar Océano* (1.^a parte impresa en 1526, la 2.^a y 3.^a en 1851 y 1855). Bien porque Guadalupe fuera la máxima devoción de la España en que vivió Oviedo o porque él mismo hubiera estado allí, lo cierto es que en el libro 50 de su *Historia General y Natural de las Indias* narra varios milagros obrados por su tan prodigiosa imagen, la mayor parte en las aguas procelosas del mar Caribe, donde él moró varios años y falleció en 1557 siendo alcalde de la isla de Santo Domingo. Y la mejor prueba de que Oviedo conocía el santuario/monasterio extremeño nos la ofrece la referencia que él hace al contarnos que Hernán Cortés aposentó en su palacio de México al licenciado Alonso Cuaço, «el cual palacio no era menor que la casa e monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe».

En el siglo xvii tenemos otros varios literatos madrileños en cuya obra está presente Guadalupe, entre ellos el fraile trinitario Félix Arteaga Paravicino, orador de Felipe III y desde 1602 conocido como «predicador de

reyes y rey de los predicadores», que fue retratado por su amigo El Greco y en sus *Obras Posthumas, Divinas y Humanas* (Madrid, 1641), se contiene un soneto, muy gongorino, cuya última estrofa termina con estos versos: *Cúbreme, ó gran montaña de María, y quando el cielo mida en yelo armada / en Guadalupe el suelo tu ardor sienta*. También Calderón de la Barca cita a Guadalupe en la escena XXV de su comedia *Con quien vengo, vengo*, poniendo el nombre de la Virgen en boca del criado Celio cuando éste trata de poner paz; y en las escenas XVII, jornada 1.^a y XVI, jornada 2.^a del drama *El alcalde de Zalamea* nuevamente menciona este lugar al decir que allí se hallaba el rey. Por su parte, Gonzalo Céspedes y Meneses —elogiado por Cervantes en el *Laurel de Apolo* y que inspiró *El poema trágico del español Gerardo* en cierta aventura amorosa de su juventud, que a punto estuvo de llevarle al cadalso— cita el santuario extremeño en esta novela al narrar el viaje en que el protagonista conoció, en Talavera, a la noble dama de Ávila Clara, «que iba a Guadalupe a hacer una novena en aquella divina y milagrosa casa», y en la descripción del camino a tan celebrado santuario dícnos que lo hicieron a las puertas de una fría primavera, pues «aún en los principios de Março, retrocediendo el temporal sus accidentes, volvieron a verse coronados de escarcha los tiernos pimpollos de las yerbas, como de nieve elada las erizadas puntas de los montes». Muy de pasada, el monasterio cacereño es mentado también en *La Araucana* de Ercilla y Zúñiga, al referirse a la entrevista celebrada allí, el año 1576, por Felipe II y su sobrino el rey portugués don Sebastián. De mayor interés son las dos alusiones que hace Tirso de Molina en la comedia *Todo es dar en una cosa y hazañas de los Pizarro*, probablemente escrita cuando era superior en los mercedarios de Trujillo: una cuando Hernán Cortés se encuentra en la villa pacense de Zarza —en el camino romero de Sevilla a Guadalupe— con su tío Gonzalo Pizarro y le dice: *Tras sí me lleva el camino / que Fernando y Isabel, / Reyes nuevos de Castilla, / hacen a la maravilla / de Guadalupe, y en él / busco galas cortesanas*; y la segunda cuando Pizarro, al despedirse, promete que cuando *bolvámonos a ver / iremos a Guadalupe / juntos*. También en el áureo siglo xvii llevan a Guadalupe al Parnaso otras dos notables peñolas de la Villa y Corte: al referir Agustín Moreto, en su comedia *El lindo don Diego*, cómo Juan e Inés se enamoran en un viaje de México a España, cita este sitio como «lugar de romerías y novenas». También Juan Pérez de Montalbán —hijo de un librero de Felipe III y muy fecundo, pese a fallecer joven—, alude en tres ocasiones al santuario extremeño, como lugar famoso de romería, en su novela de intriga *La doncella de labor*.

Aunque su fama y el culto a la Virgen seguían florecientes, el prestigio del monasterio de las Villuercas disminuyó a partir de que en la corte de los Borbones se enfriara su tradicional afecto y rompieran la tradición cuatro veces centenaria de peregrinar a Guadalupe, iniciada por Alfonso XI en

1340, pero que, en el siglo XVIII, encaminó el rey Felipe V al templo madrileño —más cercano y cómodo— de la Virgen de Atocha; devoción y visitas que Alfonso XIII y, sobre todo, nuestro actual rey Juan Carlos I han reanudado con gran fervor y asiduidad. Ello marcaría el comienzo de una decadencia y paulatino olvido que tuvieron claro reflejo en la literatura española, sobre todo a partir de que la guerra de la Independencia (1808) y la excomunión y expolio de 1835 condenaran al célebre santuario/monasterio extremeño a un eclipse casi total de setenta y tres años, hasta que en 1908 se hicieron cargo de su restauración y custodia los hijos de San Francisco. Ello nos explica que entre los clásicos madrileños del siglo XVIII sólo encontremos la cita a Guadalupe en la comedia *Los engaños*, donde Leandro Fernández de Moratín alude a su celebrada campana del reloj que —colocada en 1364 por el prior Toribio F. de Mena en lo alto de una torre— servía para marcar las horas a monjes, devotos romeros y vecinos de la puebla.

LA VIRGEN DE GUADALUPE EN MADRID

Sin embargo de que la imagen extremeña era venerada en todo el reino de Castilla desde mediados del siglo XIV, su devoción llegó a Madrid cuando los monjes de Guadalupe establecieron la primera comunidad en el monasterio de El Paso, fundado por Enrique IV el año 1463, y creció al ser colocada una copia suya en el templo del Prado, a cuyas huertas trasladaron los Reyes Católicos la fundación enriqueña c. el año 1502, construyendo en el edificio conventual varias habitaciones y el conocido como «cuarto viejo» en que ellos y muchas personas reales buscarían recogido descanso; monasterio conocido más tarde como San Jerónimo el Real y que los Austrias convirtieron en el principal centro religioso de la Villa y Corte, siendo jurados en su templo, como príncipes de Asturias y herederos del trono de España todos los reyes desde Felipe II (1528) hasta Isabel II (1833); una solemne ceremonia para la cual era colocada la imagen de Guadalupe en el altar mayor y en el caso de Felipe II (1584) y Fernando VII (1789) quedó recogida, en 1789, en un óleo y un grabado del pintor Luis Paret. Devoción de la corte y del pueblo madrileño que aconsejó la reforma del templo al cumplirse su primer centenario, poniendo la imagen antigua de la Virgen de Guadalupe en la escalera que daba acceso al claustro alto y «en su capilla del lado del evangelio colocaron, por la otava de corpus Xpi. pasado deste año (1603) una imagen de bulto vestida y de color y retrato de nuestra señora de Guadalupe, con gran solemnidad y aplauso, conciliando la gente de la villa y convidando las órdenes y Religiones para su colocación; y está divulgado por toda la villa que le llaman nuestra señora de Guadalupe».

pe la nueva»¹⁵. Esta imagen fue bendecida por el obispo de Gaeta y la vio el padre general de la orden sin que pusiera reparo alguno a su nombre.

El acto —al que tal vez asistiera el prior del monasterio cacereño— debió tener enorme resonancia y muy pronto se extendió la fama de esta copia de la imagen original como milagrosa, a la vez que abundaban las limosnas del pueblo de Madrid. Pero, haciendo uso de sus privilegios, los monjes de Guadalupe eran muy reacios a permitir que se hicieran copias de bulto del icono venerado en su templo, sobre todo cuando ello podía desviar las limosnas recogidas bajo este título y que su monasterio necesitaba para mantener varios hospitales gratuitos para los peregrinos y otras obras sociales y de culto. Y como en el caso de San Jerónimo el Real se sentían perjudicados, presentaron una demanda que terminó en concordia que a los monjes de El Prado obligó a sustituir el rótulo de la capilla y de los cirios en que figuraba el nombre Guadalupe por otros con el título Nuestra Señora de los Ángeles. Y a la vez que, a cambio, el monasterio extremeño permitía que esta imagen siguiera utilizando el manto, corona, cetro y demás atributos que la asemejan a la Virgen de Guadalupe original logró que en 1613 expidiera el papa Pablo V un breve prohibiendo levantar imágenes de la Virgen de Guadalupe original o pedir limosnas bajo su nombre sin licencia del monasterio extremeño¹⁶. Sin embargo, tanto la corte como el pueblo de Madrid continuaron invocando como Virgen de Guadalupe a la efigie de San Jerónimo el Real, que en 1782 aún pudo ver en su capilla Antonio Ponz. Pese a que en 1808 el templo y monasterio sufrieron la furia de los soldados de Napoleón —que saquearon cuanto tenía valor, hicieron pasto de las llamas el valioso retablo flamenco que regalara Felipe II, la sillería coral y las imágenes de la iglesia, y ubicaron en su claustro el parque de artillería—, la imagen de Guadalupe y el cuadro de San Jerónimo recibiendo el viático fueron respetados y la histórica efigie permaneció en su altar hasta el año 1835. Tras la expulsión de los monjes y expolio de lo poco que habían dejado los franceses el templo pasó a propiedad de la Mitra de Toledo y el ex convento fue convertido en parque de artillería, la imagen de Guadalupe continuó en su altar al menos hasta 1875, en que el arzobispo y cardenal Moreno la mandó trasladar a la iglesia madrileña de San Millán mientras era restaurado el templo de San Jerónimo, convertido en 1885 en una de las mejores parroquias de Madrid. Allí estuvo al menos hasta la guerra civil de 1936-1939, en que un devoto suyo la ocultó en su casa, salvándola de ser destruida por las hordas; pero aprovechando su «exilio», la imagen española de Guadalupe fue sustituida por una pintura

¹⁵ Documento n.º 1 de los 18 que sobre este pleito se guardan en el legajo 59 del archivo de Guadalupe, originales en su mayor parte.

¹⁶ A.H.N., Clero, pergamino 413.

de la guadalupana de México, que en 1910 pudo ver en una capilla lateral del evangelio el sacerdote Cástor Amí. Devuelto el icono de la Virgen extremeña a su templo, estuvo durante años en un rincón de la capilla de su homónima, sobre un cajón, hasta que un duro artículo nuestro en el diario ABC¹⁷ movió al entonces párroco, don Pedro M. Pardo, a trasladarla a la capilla del baptisterio. Y ahí sigue —ahora dignamente honrada por una ferviente cofradía y numerosos devotos— esta histórica imagen en una muy buena talla, de cuerpo entero, en pie y con restos de policromía en sus ropas, aunque maltratada, en fechas que ignoramos, para adaptarle vestidos postizos.

Aunque con menos popularidad y culto que en San Jerónimo el Real, la guadalupana extremeña también recibió culto antiguo en una capilla del monasterio de las Descalzas Reales y en el templo de la Concepción Jerónima; aquél fundado en 1566 por la reina Juana —hermana de Felipe II, viuda del monarca lusitano Manuel I y madre del infortunado don Sebastián— para que en sus claustros pudieran buscar paz de espíritu, con o sin hábito, personas de la realeza tan ilustres como la emperatriz María, su tía la archiduquesa Margarita de Austria y dos hermanas de San Francisco de Borja. Con honda devoción a la Virgen de Guadalupe, sor Margarita de la Cruz peregrinó a su santuario en 1580 y de nuevo dos años más tarde, decidiendo allí consagrarse a Dios. Regaló a la imagen cacereña el manto de paño dorado y perlas que ella llevaba en la despedida antes de vestir el sayal de Santa Clara y, ya profesa, dedicó a la Virgen extremeña una de las capillas del claustro alto y ante la imagen celebrada su novena cada mes de septiembre; capilla que, por encargo de su sobrina sor Dorotea, reformó y embelleció al artista madrileño Sebastián Herrera Barnuevo, a mediados del siglo XVII, convirtiéndola en la más lujosa de este monasterio. Imagen que, robada en la guerra de la Independencia la imagen original, fue después sustituida por la hermosa talla que hoy podemos admirar¹⁸.

El monasterio de la Concepción Jerónima lo fundó en 1509 Beatriz Galindo, la profesora y amiga de la Reina Católica conocida como «la latina» —que también fundara otro convento para religiosas de Santa Clara— en la calle que aún hoy lleva su nombre; un bello edificio plateresco en cuyo templo descansaron, en sendos lujosos mausoleos, los restos mortales de la fundadora y de su esposo Francisco Ramírez, conocido como «El Artillero» por su valerosa intervención en la toma de Granada. Por los mismos años que en San Jerónimo el Real fue colocada aquí una copia de la imagen extremeña en el coro del monasterio y de tal manera creció

¹⁷ Madrid, 8 de septiembre de 1959.

¹⁸ H. E. WETHEY, «Herrera Barnuevo y su capilla de las Descalzas Reales», *Rev. Reales Sitios*, n.º 13 (Madrid, 1967), pp. 12-21, y ARTURO ÁLVAREZ, *La Virgen de Guadalupe en el mundo...*, cit., pp. 202-206.

su devoción que los monjes de Guadalupe se sintieron perjudicados y exigieron que fuera sustituido este nombre por el de nuestra Señora de los Ángeles, como ocurriría por los mismos años en San Jerónimo el Real; pero en este caso las religiosas tranquilizaron a sus hermanos de hábito encargando al escultor que cambiara su rostro moreno por otro blanco para que, llamándose Guadalupe, no se confundiese con el icono original de Extremadura. Y bajo tan venerado título continuaron tributándole culto en un suntuoso retablo, con su camarín y camareras que, al igual que se hacía en las Descalzas Reales, la vestían y enjoyaban en su fiesta anual del 8 de septiembre.

En 1808 se vieron obligadas sus religiosas a deshacer la custodia grande y otros objetos de culto para ayudar al general Castaños en la guerra de la Independencia y años después de la desamortización de 1835 fue derribado el monasterio de la Concepción Jerónima para abrir la calle del Duque de Rivas, viéndose sus 20 monjas obligadas a trasladarse, en 1890, a una nueva casa en la calle Lista, llevando consigo la imagen de Guadalupe y los mausoleos del matrimonio Galindo/Ramírez, permaneciendo aquí 67 años y acogiendo en sus claustros, en 1926, a las jerónimas mexicanas expulsadas de su convento por el general Calles. Durante la Guerra Civil de 1936 tuvieron que buscar refugio en casas particulares mientras su convento era ocupado por las brigadas del general Lister, que quemaron la sillería del coro, los ornamentos sagrados, pinturas del siglo XVII tan valiosas como una Sagrada Cena de Ricci, el archivo y también la imagen de la Virgen de Guadalupe, sustituida más tarde por una copia moderna que veneran en su tercer monasterio, construido el año 1967 en el Goloso, en terrenos que la duquesa del Infantado donó, para este fin, a su hija sor Cristiana de Arteaga, entonces general de las religiosas jerónimas¹⁹.

MISCELÁNEA DE NOMBRES Y COSAS

Espigando en las relaciones entre la capital de España y el monasterio de Guadalupe hallamos una verdadera galería de personas ilustres, por su cuna en la Villa y Corte o madrileños por residencia, sobre todo en los siglos XVI al XVIII. He aquí una sucinta referencia de los más importantes:

Fernando I, rey de Romanos, de Bohemia y de Hungría. Hermano menor de Carlos I, nació en Alcalá de Henares. Con ocasión de la muerte de su abuelo, el Rey Católico, se reunió en Guadalupe con el regente cardenal Cisneros y las máximas figuras del Gobierno. Antes de embarcar para Flandes, en 1518 regaló a la Virgen dos lámparas de plata y 10.000 marcos; y, desde Hungría,

¹⁹ CRISTINA DE ARTEAGA, *Beatriz Galindo, «La Latina»* (Madrid, 1975).

el año 1551 mandó a este santuario dos esculturas de plata, con su imagen y la de su esposa, y 1.500 ducados húngaros al año siguiente.

Después de los Reyes Católicos, sería su biznieto Felipe II el monarca más asiduo visitante del santuario extremeño y más devoto de la Virgen, con al menos siete estancias en Guadalupe, algunas muy prolongadas. De gran esplendor, hizo a este santuario regalos tan notables como un lujoso escritorio suyo, labrado en Roma, un crucifijo de marfil tenido como de Miguel Ángel, el fanal capturado en la batalla de Lepanto a la nave capitana turca, un rico frontal, una lámpara de plata y en 1588 una libra de perlas y piedras preciosas para recomponer el manto rico de la Virgen. Por expreso deseo suyo, en 1576 celebró en Guadalupe una importante entrevista con su sobrino el rey don Sebastián de Portugal y en su testamento dejó 20.000 ducados para que se labrara el magnífico retablo mayor llegado hasta nosotros. Además, entre otros muchos privilegios concedió a Guadalupe que pudiera demandar limosnas en todas sus Indias; favor que dos siglos antes le había concedido Alfonso XI para los reinos de Castilla)²⁰.

María de Austria —nacida y fallecida en Madrid (1528-1603)— fue hermana de Felipe II, esposa del emperador Maximiliano II, madre de dos emperadores, de dos reinas y de doce archiduques de Austria. En 1547, un año antes de su boda, pasó la Semana Santa en Guadalupe, y a su regreso a España en 1582, tras la muerte de su esposo, nuevamente celebró el triduo sacro en el santuario extremeño, camino a Lisboa, donde su hermano la esperaba para ofrecerle el gobierno de Portugal, que ella no aceptó; esta vez acompañada por su hija Margarita y otras personalidades. De vuelta de Portugal, de nuevo peregrinó a Guadalupe, ahora para decir adiós a todas las glorias mundanas y decidir ante la Virgen su encierro en el monasterio de las Descalzas Reales, donde ya era monja su hija Margarita. En cada una de sus visitas regaló a la santa imagen numerosas telas ricas y otras joyas²¹.

Aunque nacida en Balsaín, la vida de la princesa Isabel Clara Eugenia transcurrió en Madrid hasta su nombramiento como gobernadora de los Países Bajos, por lo que merece aquí un recuerdo. Singular devota de Guadalupe desde su niñez, lo visitó varias veces con Felipe II su padre, es tradición que a las plantas de la Virgen hizo su primera comunión en 1580 y entre los numerosos regalos que hizo a la sagrada imagen destaca —y por suerte se conserva—, uno de sus tres mantos más ricos, enviado a Guadalupe el año 1629 y en cuya hechura ella misma trabajó, todo él bordado en tela de Milán, sembrado de tulipanes, cuajado de pedrería y que entonces fue valorado en 20.000 ducados²².

²⁰ ARTURO ÁLVAREZ, *Cien personajes en Guadalupe* (Madrid, 1995), pp. 113-115.

²¹ *Cien personajes*, pp. 44-46.

²² *Cien personajes*, pp. 79-80.

No le fue a la zaga en su devoción al santuario guadalupense su tío Felipe III, madrileño por cuna y residencia. De él sabemos que, aparte de las varias veces que, siendo aún príncipe, fue a Guadalupe con su padre, como rey sabemos de, al menos, cuatro visitas al santuario extremeño: en Semana Santa de 1605; en octubre de 1618, para inaugurar el nuevo retablo y las capillas y nuevos sepulcros reales de María de Aragón y Enrique IV; en abril de 1619, camino de Lisboa; y en el otoño de este mismo año, con una larga estancia y a cuyo regreso a la corte se sintió gravemente enfermo en Casarrubios y pidió le llevaran un manto de la Virgen de Guadalupe, a la que él atribuyó su curación. Tanto él como su esposa Margarita de Austria regalaron al santuario una lámpara y dos blandones de plata, así como un rico vestido para la Virgen, en 1599, y otras valiosas telas²³. También conocemos el afecto que tuvo a Guadalupe su hijo Felipe IV, que lo visitó siendo príncipe, en 1624 él y su esposa Isabel de Borbón ofrecieron a la Virgen cuatro libras de aljófara, un manto y una corona de oro y de nuevo en 1638, esta vez para conocer las obras de la nueva y regia sacristía.

Por su devoción a la Virgen y afecto a los monjes de San Jerónimo el Real merece un especial recuerdo Juan José de Austria, hijo de Felipe IV y su amiga la «Calderona». El año 1647 peregrinó al santuario cacereño para encomendar a la santa imagen su expedición para pacificar Nápoles, regalándole una joya con una enorme esmeralda rodeada de doce diamantes, valorada en más de novecientos ducados; y en gratitud por su triunfo dio al santuario dos mil ducados de plata para hacer una peana de plata para la santa imagen, aunque no se hizo ésta sino unos blandones, doce candelabros y ocho ciriales de plata para el altar de la Virgen, fechados en 1653 y en ellos grabadas sus armas. En 1661 visitó de nuevo a la santa imagen, camino de Portugal, y le ofreció «una sortija de oro con tres diamantes pequeños que valía ciento y sesenta reales»; y al regreso, por Guadalupe —tras la derrota y separación de Portugal—, aún ofreció a la Virgen «una venera de oro de hechura de una çigarra con tres botones, con su encomienda de San Juan, guarnecida con ciento y noventaicinco rubíes grandes y pequeños y esmaltes, que vale, con la hechura, ochocientos ducados»²⁴. Y aunque no consta que peregrinara a Guadalupe el enfermizo y último rey de la casa de Austria, Carlos II, sí sabemos de su devoción a la santa casa, adonde envió a su pintor de cámara Lucas Jordán para que decorara el camarín de la Virgen con nueve magníficos lienzos.

En el siglo XVI vivió el caballero Diego López de Rivadeneira, «vecino y Regidor que fue de la villa de Madrid, quien movido con espíritu de Dios y

²³ VILLACAMPA, *Grandezas*, pp. 223-255.

²⁴ VILLACAMPA, *Grandezas*, pp. 273-276.

particular devoción a Nuestra Señora de Guadalupe, en su testamento ordenó y mandó a esta Santa Casa, para ornato y grandeza del culto divino della, 21.500 ducados, que son 1.500 de renta, situados en dos juros reales que tenía sobre las alcábalas de la ciudad de Huete y en cierto censo sobre la villa de Auñón... Esto mandó se dispensase en criar de nuevo música de ministriles en esta Santa Casa, en que quiso que hubiera cuatro ministriles, un corneta, un baxón, seis trompetas, dos atabares y dos tambores para los días festivos»²⁵.

Como datos curiosos en las relaciones entre Madrid y Guadalupe viene a cuento anotar que en la capital de España vieron la luz dos obras médicas escritas por dos eminente galenos de los hospitales del monasterio caceño: *Compendio Cirurgico útil y provechoso a sus profesores* (Madrid, 1687), dedicado por su autor Antonio de Robledo «A la siempre Virgen María... en su santísima y prodigiosa imagen de Guadalupe, advocación célebre al mundo y patrocinio mayor de España»; y *Medicina práctica de Guadalupe* (Madrid, 1730), por Francisco Sanz de Dios, médico primero de los reales hospitales y real casa de Guadalupe. También se editó en la capital de España, el año 1736, la *Historia de la Virgen de Guadalupe* escrita por el ex prior padre Francisco de San José (Madrid, 1743). Madrileños fueron, por residencia, el ilustre académico, dibujante y viajero Antonio Ponz, que trata del monasterio en dos extensas y laudatorias cartas de su famoso *Viaje por España* (Madrid, 1774-1794) y en 1789 dibujó el más bello y popular grabado de la Virgen de Guadalupe, con Alfonso XI y los Reyes Católicos a sus plantas ofrendándole los trofeos del Salado (1340) y de Granada (1492). Madrileño fue el grabador Hipólito Recarte, que por los años 1777 grabó la imagen de Guadalupe en varias planchas de cobre. Y en 1803 todavía se troquelaban en esta ciudad gran número de medallas de la Virgen extremeña en plata y bronce²⁶.

Bajo el primer rey Borbón, Felipe V, se enfrió la tradicional devoción de la corte a la Virgen de Guadalupe y, pese a que la economía del monasterio extremeño aún era sólida, sobre todo gracias a su cabaña ganadera, en el reinado del Carlos III y IV se agravó su decadencia y en el gobierno de éste (1788-1808) se vio obligada la comunidad a enviarle cerca de 84 arrobas de plata para sufragar sus desafortunadas guerras contra Gran Bretaña, teniendo que deshacer la mayor parte de las históricas y ricas lámparas de la Virgen y algunos vasos sagrados; preludio del saqueo perpetrado por los franceses durante la Guerra de la Independencia y del ocaso que siguió a la exclaustración de 1835 y la incautación, por el Estado, del edi-

²⁵ *Libro de capellanías, lámparas y bienhechores*, fº 56 (Archivo de Guadalupe), y VILLACAMPA, *Grandezas*, pp. 348-350.

²⁶ ARTURO ÁLVAREZ, *La Virgen de Guadalupe en el mundo...*, pp. 437-467.

ficio monástico —que fue vendido, en trozos, a vecinos de Guadalupe— y de todo lo que quedaba de sus bienes muebles y raíces. Aparte del fabuloso joyel de la Virgen —acumulado a lo largo de varios siglos por la piedad agradecida de muchas generaciones y esquilmo gravemente por los franceses—, entre sus ornamentos sacros tenían justa fama los conocidos como los «tres vestidos ricos» de la Virgen: el que costeó la comunidad jerónima en 1551 —enriquecido en 1588 con rica pedrería y una libra de perlas y aljófares regalados por Felipe II y reconstruido en 1790 por el monje lego y gran bordador fray Cosme de Barcelona; el que bordó y mandó en 1629 la infanta Isabel Clara Eugenia, modificado en 1795 y cuyas 244 puntas de diamantes y 734 perlas puso fray Cosme en el manto primero; y el conocido como de la «cenefa marrón», bordado en los años 1808-1809. Para evitar que los franceses los robaran, en 1808 fueron llevados a Sevilla y a Cádiz, regresando a Guadalupe cinco años más tarde. Durante la exclaustración de 1822 fueron depositados en Badajoz, siendo pronto devueltos, a falta de algunos diamantes. Y el año 1837 salieron de Guadalupe por tercera vez, ahora a Cáceres adonde el más rico ya llegó sin 23 diamantes. Depositados el año 1842 en la Casa de Moneda de Madrid, el regente general Espartero los «regaló» caprichosamente a los santuarios de Atocha, el Pilar y los Desamparados. Por suerte, a ninguna de estas tres imágenes servían, a causa de su tamaño, por lo que Valencia lo devolvió a Guadalupe al año siguiente y en 1844 ordenó la reina Isabel II que también fueran restituidos a la Virgen de Guadalupe los que estaban en Madrid y en Zaragoza²⁷.

Y hasta tal punto llegó el ostracismo de este santuario que en un viaje de Alfonso XII a Mérida, para inaugurar el ferrocarril Madrid-Badajoz, se extrañó al saber que el Guadalupe original no era el de México sino el extremeño, en el que tuvieron origen todos sus honimos. Es cierto y obligado recordar que, una vez restaurada la Monarquía por Alfonso XIII, este soberano reparó tan imperdonable olvido con dos visitas al monasterio de las Villuercas, una para conocerlo y otra —el día 12 de octubre de 1928—, para coronar la imagen de la Virgen y proclamarla solemnemente como *Hispaniarum Regina*, poniendo en su mano el bastón de mando y con él los destinos de España. Devoción que su nieto, nuestro rey Juan Carlos I, ha cultivado desde su adolescencia y afianzado con no menos de nueve visitas al santuario que nació y durante casi cinco siglos fue la máxima devoción de la Corona.

²⁷ RUBIO, *o.c.*, parte III, cap. 1.º, y MARQUÉS DE SIETE IGLESIAS, «Los mantos ricos de Nuestra Señora Santa María la Virgen de Guadalupe», en *Rev. Guadalupe*, 1967, pp. 362-382.

RESUMEN: Se relaciona la historia del Santuario de Guadalupe desde Alfonso X el Sabio (siglo XIII) hasta el siglo XX y su relación con Madrid: priores, monjes, devoción madrileña por la Virgen Guadalupana y su proyección literaria: Pero López de Ayala, Álvarez Gato, Cervantes, etc.

ABSTRACT: The history of Guadalupe Sanctuary from Alfonso X (13th Century) to the end of 20th Century are related. The Virgin of Guadalupe devotion, and the literary projection: Pero López de Ayala, Álvarez Gato and Cervantes is also related.

PALABRAS CLAVE: Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. Devoción mariana. Pero López de Ayala. Álvarez Gato. Cervantes. Siglos XIII-XX.

KEY WORDS: Guadalupe Sanctuary. Virgin devotion. Pero López de Ayala. Álvarez Gato. Cervantes. 13th-20th Century.